

**“ERA UNA ILUSIÓN, UNA FRÁGIL ILUSIÓN”:
ALTAMIRANO Y LA DIALÉCTICA DE UNA MEMORIA**

Alvaro Kaempfer
Gettysburg College

D*ialéctica de una derrota* (1977) de Carlos Altamirano, “escrito para satisfacer una urgente necesidad personal y partidaria, a la vez que una apremiante exigencia revolucionaria”, es parte de la extensa producción ensayística que explicó o buscó explicar el colapso del sistema político chileno y llamó a superar la realidad instalada el 11 de septiembre de 1973 (1978: 10). Este día, afirma Altamirano, los militares destruyen “la república democrática consolidada en el amanecer de la nación, y demuelen hasta sus cimientos la creación de Portales” (1978: 185). La catástrofe exigía revisar el diseño estratégico pulverizado de golpe por el militarismo e impulsar la reinención cultural, ideológica y política del imaginario socialista chileno. Era el desafío de una América Latina donde “[m]uchas de las vanguardias revolucionarias están quebradas, por la dispersión ideológica, por su debilidad orgánica y el peso de una sistemática represión” (1978: 25). Tras el choque de fuerzas de diversa intensidad enfrentadas a escala planetaria, Altamirano concluye que la *vía chilena al socialismo* fue la más alta expresión de una trayectoria lineal e histórica de emancipación social y política y, al mismo tiempo, su más estrepitoso fracaso.

Al analizar la derrota de la izquierda chilena, Altamirano deja claro que lo ocurrido no altera el hecho de que, a nivel mundial, “el avance socialista tiene un ritmo incontenible” (1978: 265). La afirmación, sobre los paisajes globales de la Guerra Fría, le permitía insistir en que “[n]o se puede elaborar una estrategia de liberación sin ‘situar’ la especificidad de cada lucha en el contexto diseñado por las ‘grandes fuerzas en pugna’” (1978: 265). Así, tras la experiencia del fracaso y agotamiento histórico de una opción política, expresa el deseo de suturar textualmente la brecha entre lo vivido, observado e intuido, y la cartografía ideológica de una ruta mundial e inalterable. El

texto fue enviado a prensa en agosto de 1976 (Altamirano 1978b: 5). Steve J. Stern afirma que las reflexiones chilenas surgidas a fines de los años 70 hurgaban el sentido del fracaso político de 1973 en función de colectividades políticas específicas y que, por lo mismo, no buscaban modificar el imaginario nacional al rearmar la memoria de un proyecto fallido (197). Creo, frente a esto, que el ensayo de Altamirano encara ambos aspectos; de hecho, su escritura está tensada por el complejo juego entre memorias en conflicto, hojas de ruta en franca bancarrota y expectativas de futuro que no coinciden.

Al articular, desde Europa y en un diálogo mundial enmarcado por la Guerra Fría, una visión de futuro viable para un país remoto bajo Estado de Sitio, Altamirano deja claro que es otro el escenario donde se resolvería lo que, el año 1970, vio como el “impasse entre la izquierda tradicional y la izquierda revolucionaria [que] no ha sido zanjada y [que] no lo será sino en la praxis revolucionaria concreta” (Farías 613). El llamado hecho ese mismo año a crear “un Partido Socialista renovado” sería impulsado en condiciones muy distintas (Farías 617). En su ensayo cobran forma dos intuiciones en abierta trayectoria de colisión. Por un lado, está la certeza de que en Chile se ha vivido la derrota política, final y decisiva de una izquierda, su andamiaje estratégico y sus visiones tácticas; en síntesis, su cultura cotidiana e institucional. Por otro lado, la afirmación de que aún se vive en una época en la que el tránsito mundial al socialismo sigue su marcha sobre una historia lineal, ascendente y progresiva. Ambas certezas no ocultan la creciente sospecha de que ciertos programas socialistas están siendo globalmente cuestionados no por sus adversarios sino que desde sus propias prácticas culturales y políticas. A partir de este cúmulo de intuiciones, confianzas y sospechas la reflexión política de Altamirano dibuja el fin de una historia y el eventual cruce con otra que, entonces, apenas roza su escritura.

El ensayo, parte de una tradición textual que opera sobre una síntesis de emoción, imagen e idea en torno a una construcción personal de la realidad, como sostuvieran Peter Earle y Robert Mead, permite ubicarse y, más decisivamente, intervenir en el devenir histórico (26). Allí, el juego analítico, las tensiones y armonías vistas por Antonio Urello en el género, llevan no sólo describir sino que, sobre todo, a generar, a producir o a desatar fenómenos culturales (141). El ensayo tiene, así, una relación inextricablemente política con la realidad de la cual emerge. José Miguel Oviedo ha agregado que el ensayo “es un reflejo vivo de la persona que piensa, analiza y descubre: es un leguaje *singular* y reconocible como tal, pues no ha renunciado a la subjetividad y aún a los vuelos imprevisibles de la fantasía” (15). Entre el objetivismo de tradición baconiana y la subjetividad ligada a la figura de Montaigne, la escritura ensayística, en sus diversas variaciones disciplinarias y normativas, se confunde con la hechura discursiva del presente en el diseño de una Modernidad sujeta y definida por la tradición europea, anota John Skirius (10). No es únicamente el ensayo político sino que el ensayo, en general, el que en América Latina y a partir

del siglo XIX, dice Oscar A. Díaz, “ha sido el portador de una teoría ética discursiva que aboga por cambios sociales” (18). En tal sentido, es una escritura sujeta a tiempos y desafíos que la tornan un instrumento de intervención cultural con distintas formas de edición y divulgación.

Altamirano, en *Dialéctica de una derrota*, no se detiene en las formalidades del género. Aclara que apenas ha “dispensado alguna preocupación por las normas técnico-literarias”, pero sí asume que busca “impregnar al lector de ciertas ideas que nos parecen medulares” (1978: 12). Con una voluntad persuasiva y en directa apelación al lector, el tópico de humildad que asoma al decir que “el autor no es un escritor ni un ideólogo, sólo es militante de un partido revolucionario, cuyo pensamiento y posiciones son las resultantes de una vivencia protagónica en el acontecer chileno”, es desplazado por la magnitud de la tarea que se propone (1978: 12). Si bien cree que “no se trata aquí de hacer historia”, porque “tal vez, haya más tarde oportunidad para ello”, su escritura comunica que la visión política derrotada en Chile no sólo es inviable en ese país sino que ya no tiene cabida en el continente (1978: 10). Esta convicción, precisada y reiterada a lo largo de su ensayo, no admite matices. A su juicio, el proyecto de cambios sociales y transferencia del poder político liderado por un socialismo democrático respetuoso de constitución y de las leyes encabezado por Salvador Allende es, simplemente, irreplicable. Ese programa hecho gobierno por elección popular en 1970 y apoyado, de nuevo en las urnas, en 1971, fue un proyecto inédito, ligado a una historia nacional de reivindicaciones, sensibilidades y expectativas sociales, cuya singularidad era ilegible bajo los códigos de lectura de la Guerra Fría.

Altamirano indica que el informe elaborado por la Comisión Church, en Estados Unidos, “descorrió ante el pueblo de EU y ante todo los pueblos del mundo, el grado de descomposición de la sociedad norteamericana y, en un plano más subalterno, el nivel de vileza moral, corrupción y sometimiento de la burguesía chilena” (1978: 140). La apuesta de Nixon por un golpe militar contribuyó decisivamente a que el gobierno de Allende, su respaldo popular, sus organizaciones de apoyo y sus activistas políticos fueran barridos a sangre y fuego en 1973. Altamirano no deja de denunciar “a Eduardo Frei como defensor de los intereses estratégicos de EU, y al diario *El Mercurio* como el portavoz oficial de estos intereses” (1978: 143). Sin embargo, asumida la injerencia de fuerzas e intereses nacionales e internacionales en la derrota, Altamirano apunta a las fallas del programa y la vía puesta en práctica por la Unidad Popular. Subraya los límites que esa voluntad de cambio tuvo en la cultura e historia de la izquierda que encarnó el proceso.

En 1976, “a tres años del golpe militar”, Carlos Altamirano Orrego, ex senador de la república, jefe del principal partido de la Unidad Popular que agonizó en París hasta fines de los setenta, hurta respuestas e intuye caminos entre los escombros del proyecto político pulverizado por la demencial, aunque planificada, furia marcial del militarismo golpista en

1973 (1978: 103). El suyo es un esfuerzo imaginativo e ideológico donde el análisis de la historia reciente es la ruta que lleva a la reformulación política e ideológica de la izquierda chilena. Altamirano, al igual que diversos actores y sensibilidades políticas, exige “la búsqueda de los nuevos caminos sobre los cuales transitará la revolución chilena”, en función de la cual era vital “establecer los grandes parámetros del contexto internacional, los trazos fundamentales de la realidad continental, y por cierto, las características específicas del Chile demolido por la tiranía fascista” (1978: 226). Estaba convencido de que “[n]o será ya posible imaginar el acontecer chileno, al margen de la situación latinoamericana y de las tendencias globales dominantes en el mundo” y que, más precisamente aún, “[s]ólo a partir de esas implicancias, de su proyección decisiva en cada caso singular, podremos definir con éxito las alternativas futuras” (Altamirano 1978: 226). Si bien no hay allí un cuestionamiento al tránsito universal hacia el socialismo, asoma claramente una serie de principios que obligan a ver más allá de la presunta marcha global.

En *Dialéctica de una derrota*, despliegue de imaginación e intuiciones, de búsquedas personales y obsesiones políticas, el desafío asumido es más una intuición que un programa. Su punto de partida, compartido por figuras afiliadas a las más diversas disciplinas y sensibilidades ideológicas, es que septiembre de 1973 “marca un quiebre histórico de la sociedad chilena” (1978: 266). No fue la derrota parcial de la izquierda solamente sino que debía ser considerado el ocaso global de una cultura política cuyas matrices ideológicas no eran compatibles con la realidad histórica e institucional sobre las que se intentó desplegarlas. Altamirano subraya que “para la burguesía como para el movimiento revolucionario supone la ruptura definitiva del centenario marco institucional; la cancelación de las formas tradicionales de lucha política y económica; y el entierro del viejo estilo de ‘hacer política’” (1978: 266). El ciclo histórico inaugurado por la Constitución de 1925, dentro de una trayectoria republicana patentada por Portales, había llegado a un punto de inflexión histórica del cual no había retorno.

Es efectivo que, en contextos previos, Altamirano apeló constantemente a una percepción del presente como crisis e hizo de cada coyuntura la expresión de esa crisis. La celeridad del proceso político chileno a partir de los 60 contribuía, por cierto, a esa percepción y sus variadas construcciones retóricas no pertenecen sólo a la izquierda. En enero de 1970, en un discurso en el Teatro Caupolicán de Santiago, Altamirano reitera la viscosa densidad histórica del momento. No sólo aseguró entonces que había “acontecimientos en la historia de la humanidad que cierran un capítulo y abren otro” sino que, en una exclamación con ecos del ciclo independentista del siglo XIX, dice que “¡el Chile de hoy *nunca más* volverá a ser el Chile de antes de septiembre de 1970!” (1973: 7). Algo similar anunció en 1969 cuando, entrevistado por la revista *Punto Final*, señala que “Chile debe cambiar si no quiere perecer” (Farías 1993). Se viven los límites de una historia. Esa densidad del presente

se hizo reflexión de nuevo y por escrito en 1976 cuando imagina una historia incapaz de desprenderse de la noción de crisis y menos aún de tolerar retrasos. La misma visión persiste, a inicios de los 90, cuando afirma que “[s]ólo una radical reformulación de nuestro acervo histórico nos permitirá entender la lógica de los cambios ocurridos en los 16 años de dictadura y, a partir de esta comprensión, fundamental un nuevo proyecto de cambio social, adecuado al nuevo periodo histórico por el que transitamos” (Altamirano 1993: 279). Sin embargo, entre esos diversos momentos los rasgos de la historia vivida, de las tensiones asumidas y de las perspectivas en juego varía ostensiblemente. Van de la inmediatez del ocaso, apocalíptico, a la imagen del retorno histórico como hundimiento en la barbarie dentro de una visión lineal y ascendente de la historia.

En esa historia de bordes definitivos, Altamirano deja claro que en 1976 no estaban sólo en juego las vidas, sacrificios y desafíos cotidianos para resistir una dictadura brutal sino que, más aún, la viabilidad de una cultura política de emancipación. Ésta debía, bajo los parámetros, alianzas y posibilidades dadas por la Guerra Fría, reformular su programa en Chile. En tal sentido, su ensayo está ligado a una tradición de escritos que, bajo diversos formatos genéricos, esbozaron y replantearon en diversos momentos la cultura política chilena. Desde allí, encara la radicalización y la orientación de diversas opciones políticas que, entre 1973 y 1976, habían visto caer bajo la furia dictatorial promociones. La masacre seguiría. En esas circunstancias, confía en el avance socialista y apela a realidades donde éste tiene perfiles extremadamente diversos, y llama a armar una opción política compatible con los desafíos que imponía la dictadura pero, a la vez, capaz de responder a nuevas realidades políticas nacionales y continentales. Lo hace a tientas, a horcajadas entre las intuiciones que ordenan su escritura al querer comprender la trizadura histórica que se ha producido en Chile, los cambios de las izquierdas que lo acogen y la reformulación política e ideológica del progresismo mundial.

Es importante insistir en que, más allá de la derrota en Chile, Altamirano aún creía estar viviendo en 1976 la misma situación que, en febrero de 1973, lo llevó a decir que “[p]or primera vez la humanidad es una sola, y la revolución habla simultáneamente todos los idiomas” (1973: 48). La posibilidad de pronunciar culturas y regiones tan diversas a partir de una y la misma lengua revolucionaria la había anunciado, ya, en el discurso con el que saludó los 40 años de su partido en abril de 1973 (Farfás 4421). Entonces, al igual que en 1976, Altamirano sostenía que, “[e]n esta etapa de transición, de búsqueda de un camino propio hacia el socialismo, la formación de una conciencia revolucionaria tiene la máxima prioridad” (1973:53). Tal certeza, sin embargo, es matizada frente a los cambios que observa en la izquierda europea, lo que lo lleva a esbozar respuestas posibles frente a la hecatombe política, la derrota y el fracaso vividos. Este proceso es delineado en su ensayo por la tensión de un momento tan vital como reflexivo que nutre

la voz que evidencia sus propias discontinuidades al intentar sugerir respuestas. Esa voz se construye textualmente en torno a desorientación y la emergencia. Oscila entre la imprecisión y la apertura a la mera reproducción de un programa en marcha. En tal sentido, resulta difícil leer su ensayo y reducirlo, a estas alturas, al juego tendencial inmediato, del que sin duda fue parte, por cuanto el cambio e innovación al que apunta es allí sobre todo y tal vez únicamente, deseo (Benavente 168-9). Ese deseo subraya su singularidad al articular narrativa y textualmente los límites de la reflexión donde cobra forma y abre un espacio textual desde donde reclama un tiempo, su propio tiempo. Dicho en términos de Paul Ricoeur, la temporalidad sobre la cual se articula ese sujeto remite a la estructura de una existencia que roza el lenguaje en función de articular, precisamente, su tiempo (328). Altamirano traza esos límites al sostener que habría “transcurrido el tiempo suficiente” para divulgar su visión de lo sucedido (1978: 10). El tiempo de irrupción e intervención de su ensayo remite a una continuidad cuyas emergencias no han sido, necesariamente, las suyas.

El texto ensayístico de Altamirano funda el tiempo del sujeto que busca intervenir sobre un escenario global a partir de su propia experiencia y reflexión. Se rebela contra las demandas de un proceso que necesariamente lo excede. La escritura grafica el reclamo de un sujeto, moderno por cierto, progresista sin duda, e inscrito en una visión lineal, unidireccional y ascendente de la historia que se debilita al intuir su eventual proyección. Allí funda su propio, reflexivo e intransferible tiempo, el de su escritura y el del circuito, audiencia y voluntades desplegadas por el texto como un lector necesario, posible, urgente. Si no había publicado antes su visión de los hechos y las conclusiones a las que arribaba era, aclara Altamirano, por no “contar con una perspectiva histórica adecuada” ni haber tenido, añade, “la serenidad indispensable para liberar el análisis de cualquier interferencia subjetiva y emocional” (1978: 10). En consecuencia, quien aspira a darle forma a su propia agencia sobre una reflexión política se construye sobre la serenidad y la objetividad de un espacio racional. Esa agencia, en este caso, remite a un sujeto que actúa intencionalmente, no por simple reacción (Torfing 137). En su ensayo, la voz que irrumpe letra a letra en la revisión crítica de la realidad vivida, experimentada, surge sobre todo y literalmente, a partir de una experiencia insatisfactoria de lectura.

Tras el golpe militar, explica Altamirano, “empezó a proliferar en Europa y en América Latina, una profusa literatura analítica”, dentro de la cual ve que las “respuestas ensayadas han entregado un aporte valioso al debate promovido” (1978: 10). Frente a la discusión abierta, cree “inoslayable la obligación de hacer llegar nuestro pensamiento a los combatientes, que desde todos los rincones de los caminos revolucionarios, hurgan en la experiencia chilena las lecciones inapreciables que emergieron de su victoria y derrota” (Altamirano 1978: 10). En el debate sobre la experiencia política e histórica de la *vía chilena al socialismo* convergían

voces de, al menos, dos continentes. Frente a ellas, Altamirano quiere comunicar su versión de lo sucedido y poner sobre la mesa las conclusiones a las que ha arribado. Se propone intervenir sobre una red global de producción, circulación, lectura y discusión donde está en juego el balance de un experimento político, su fracaso e impacto, sus eventuales lecciones sobre la Guerra Fría. El margen de constitución del sujeto que escribe ya no es el texto sino que un espacio que concibe global y ante el cual se juega, en última instancia, su reivindicación. A ese debate llegan otras visiones que, fragmentadas, urgentes y en lucha contra la dictadura en Chile, cruzan, sin tocarse, la cartografía de una diáspora política e ideológica. Se reconocen distintos circuitos y se busca encarar problemas diferentes. La lectura de la derrota lleva a Altamirano al fin de una historia y le plantea la necesaria y urgente reformulación ideológica de una cultura política a partir de la construcción de una voz proyectada sobre un escenario global.

Con la serenidad y la perspectiva necesarias para analizar objetivamente lo acontecido, irrumpe en *Dialéctica de una derrota* una mirada al pasado articulada por una voz que reclama su tiempo y se construye técnica, política y racionalmente por sobre o más allá de la emoción. Es lo que afirma. Ese presunto sujeto racional, distante y objetivo de la reflexión política sobre un escenario global donde busca iluminar realidades variadas a partir de una experiencia local es animado por la transformación de una cultura política. Se busca ilustrar a los revolucionarios de todo el orbe. Forja ante sí y frente al mundo, al lector buscado de su escritura y su propia racionalidad. A pesar de su voluntad de innovación, hay límites, hay certezas y declaraciones de intención que, a pesar del andamiaje político caído, no cabría cuestionar. De partida y ante la duda, reitera que la suya es una voluntad de “construir una sociedad socialista, en pluralismo, en democracia y en libertad”, sobre todo frente a la brutalidad de una dictadura que caracteriza como “la experiencia fascista, que metodiza la destrucción de un vasto sector social para afincar el dominio burgués imperialista” (1978: 10). Son los límites de lo vivido y lo observado al impulsar una tentativa de innovación que bien podría, al final de esa misma reflexión, rebelarse contra el acto de fe que hace posible, incluso, la formulación o reafirmación de esos objetivos.

Dialéctica de una derrota tuvo un impacto decisivo, casi fundacional, en el proceso complejo y multiforme que transformó el socialismo chileno, hizo posible su reconstitución política y replanteó la izquierda en base al imaginario progresista consolidado, bastante más tarde, por la transición democrática. Si Altamirano insiste, a lo largo de su ensayo que “[l]a etapa histórica actual se caracteriza por el tránsito del capitalismo al socialismo en escala mundial” es porque esboza un lugar común de la reflexión historiográfica ligada al marxismo de que “[e]n propiedad, puede afirmarse que la historia comienza a escribirse en socialismo” (1978: 230) Tal convicción ideológica va unida al juicio político de que el socialismo “es el protagonista principal de la época, y al amparo de su fuerza, se han impuesto

los principios de coexistencia pacífica entre regímenes sociales opuestos y la política de distensión, en las relaciones internacionales” (1978: 230). El cuadro es completo. No se trata únicamente de la certeza de que el “mundo transita hacia el socialismo y ello es irreversible” sino que, también y sobre todo, que “las luchas de liberación se homogeneizan tras una perspectiva antiimperialista; los pueblos que recién han conquistado su independencia, se definen por opciones no capitalistas de desarrollo” y, por si fuera poco, que “la lucha de clases en los países occidentales, lejos de estancarse, amenazan seriamente ‘los equilibrios regionales’” (1978: 232). Aún así, no es ajeno a las transformaciones políticas e ideológicas de la izquierda europea. De ellas cree necesario “rescatar para nuestra experiencia – nacional y continental – la validez de los factores que básicamente las han causado”, de los cuales subraya el “papel, cada vez mayor, desempeñado por las capas medias en la sociedad europea; y las nuevas condiciones en que se da la lucha, en los países altamente industrializados” (1978: 238). En consecuencia, si la reflexión exigida por la lectura de textos que dejan insatisfecho no surge a partir de la historia global a la que interpela, bien cabría intuir que su intervención opera desde otros lados.

Es desde las novedosas experiencias que observa en todo el mundo, en realidades tan diversas como China y los países de la Europa mediterránea, a las certezas de una marcha histórica, lineal y ascendente, Altamirano explora los efectos de su propia derrota (1978: 238). Es a la luz de esas experiencias y del diagnóstico específico de lo que es preciso en Chile para encarar a la dictadura, que revisa la posición sobre las posibilidades de transformación política de la izquierda chilena y la actitud mantenida frente a la Democracia Cristiana. A juicio de Altamirano, no era únicamente posible “sino categóricamente deseable, una convergencia con la Democracia Cristiana tras un objetivo histórico concreto: destruir el fascismo” (1978: 280). Asegura, allí, que hay más de una certeza cancelada. Una de éstas surge en un discurso suyo de agosto de 1973, donde afirmaba que en Chile había surgido “una conciencia revolucionaria imposible de detener mediante consolidaciones prematuras, transacciones de salones, ni siquiera bajo el imperio de la metralla de un fascismo eventualmente erigido en dictadura” (Farías 1961). Esa marcha imparable había sido brutalmente detenida, sus actores desbandados y la lógica programática que la sostenía, la ingeniería ideológica que la sostenía, se ha disuelto en el aire. Mal que mal, como indica Marcos García de la Huerta, “[l]a concepción de la política como realización de una teoría previa, o como *aplicación* de una ciencia, está en el origen del mito del poder ‘técnico’ y del Estado científico” (66). Esa visión ideológica no lograba generar ni abrir una reflexión política, sino la confianza en su eventual realización histórica. En consecuencia, no es de la historia global a la que apela ni desde la presunción de una marcha ciega al socialismo desde donde despliega su escritura. De hecho, desde un Karl Marx tras la Comuna de París o un Antonio Gramsci prisionero del fascismo,

señala Christine Buci-Glucksmann, el marxismo halló en la derrota el punto de partida de sus reflexiones políticas (276). Tal como lo establece su título, es desde la derrota que surge su escritura.

Altamirano intenta, como bien lo explicita, “desentrañar en el análisis revolucionario las grandes lecciones capaces de hacer útil la derrota” (1978: 267). Carlos Pérez eleva esa experiencia en virtud fundadora al sostener que “[l]a derrota es esa misteriosa emergencia que interrumpe el sentido”, agregando de inmediato que “[l]a derrota nunca tiene sentido para sí misma. Es en el relato posterior donde encuentra su sentido y consuelo” (1978: 218). No es extraño, entonces, que Altamirano ensaye una matriz de lectura nacional, continental y mundial a partir de una derrota que hace posible cuestionar la viabilidad histórica de un proyecto y se equilibre ante el vacío que ha dejado mediante una difusa y contradictoria reflexión política. La utilidad de la derrota se mide por los alcances de una reflexión política capaz de reponer, cancelar y reformular rutas. Las dimensiones de la derrota, bajo una acepción que diluye las responsabilidades por el fracaso, tornan el proyecto esbozado previamente por el texto de Altamirano en algo irrecuperable. De hecho, la conclusión que ordena su tentativa política e ideológica de balances y perspectivas, es que “la vía chilena al socialismo propuesta por la Unidad Popular era una ilusión”, como bien subrayan Brian Loveman y Elizabeth Lira, por cuanto “sólo la conquista del poder total habría hecho posible la transición al socialismo” (359). En una síntesis de la conclusión a la que arriba tras la derrota sufrida, Altamirano sostiene que “la pretensión estéril de asirse ciegamente a las instituciones liberales, cuando ya la burguesía había arrastrado la lucha de clases fuera de ella” como, asimismo, “la falta de previsión y capacidad para alterar las formas de lucha, cuando fue necesario, lo que define – en esencia – la derrota político-militar de la UP” (1978: 210). Es el centro de un argumento político que evita mirar de frente el fracaso, y atempera letras con la heroicidad de la derrota.

El problema que tuvo la izquierda chilena, los socialistas y el mismísimo gobierno de la Unidad Popular no habría sido sino una cuestión de métodos, de procedimientos y vías. Es decir, apunta Altamirano, fue “la falta de previsión y capacidad para alterar las formas de lucha cuando fue necesario” (1978: 210). Tras recordar la tesis leninista del asalto al poder zanjada en 1967 por los socialistas chilenos en Chillán, *Dialéctica de una derrota* descalifica la vía allendista por incompatible con el diseño orgánico, cultural y político de la izquierda chilena. En una publicación del año 2000 dirá que “los acuerdos de Chillán quedaron tácitamente derogados por los acuerdos de la Serena” de enero de 1971 (Altamirano 2000: 331). En cualquier caso, la visión que se impone en su ensayo es que la izquierda que tuvo Allende era tan disfuncional como el Allende que encabezó institucionalmente la izquierda chilena. La *derrota político-militar* de la UP no era sino prueba de la deformación constitutiva de la izquierda sin capacidad de autodefensa que quiso materializar su programa. En otro

momento de su ensayo de 1976 insiste en este juicio al decir que “otra sería nuestra suerte y otro el destino de la revolución chilena, si hubiéramos sido consecuentes con ese diagnóstico y hubiéramos dispuesto de la capacidad orgánica para implementarla” (1978: 28). Más aún, asegura, “si el pueblo hubiera contado con el apoyo de unidades militares, al menos en la capital, la historia se hubiera escrito de manera diferente” (Altamirano 1978: 160). En julio de 1972, en una entrevista a *Chile Hoy*, Altamirano afirmó que los dos errores cometidos a la fecha por la UP habían sido no negociar la deuda externa al asumir el gobierno y “no haber llamado a plebiscito, planteando la disolución del Congreso, al día siguiente de la elección municipal” (Farías 2774). Aún así, en octubre de ese mismo año, Altamirano exclamaba que “¡Esta batalla la están ganando el pueblo, el Gobierno y las Fuerzas Armadas!” (Farías 3315). Menos de un año después cae el gobierno y tres años más tarde, Altamirano considera que la causa esencial de la derrota política de la izquierda fue la incapacidad de autodefensa armada del proceso.

Parece claro que el texto casi fundacional de la renovación socialista tiene como punto de partida un énfasis en la dimensión armada como factor central de la derrota de la Unidad Popular. Esa visión gira en torno a la certeza de que las armas o su carencia fue la falla *esencial* de la izquierda chilena en 1973. De hecho, la fórmula con la que Altamirano al final de su ensayo volverá sobre el tema viene de un discurso de Fidel Castro: “[c]on el pueblo sólo no se hace la revolución. ¡Hacen falta armas! Y con las armas sólo no se puede hacer la revolución. ¡Hace falta también el pueblo!” (1978: 251-252). La confusión estrictamente gramatical con los acentos de la cita entorpece, por cierto, la lectura de la misma. Aún así, la alusión al poder de fuego de las armas y la incapacidad de la Unidad Popular de tomarlas es una de las razones que cabría ver en su llamado a que “quienes la representen en el futuro, no deben estar ligados a un pasado, que si bien la historia terminará por reivindicar plenamente, por el momento, pesan sobre ella hondas desconfianzas, producto – en la mayor parte de los casos – de la propaganda infame del adversario” (296). A su juicio, debería surgir “una nueva juventud revolucionaria, que no se agotará en los pasillos parlamentarios ni en las viejas prácticas politiqueras y demagógicas” (1978: 299). Sin embargo, es no es posible sugerir una lectura tan lineal del texto.

En su lectura de lo sucedido y la evaluación del camino recorrido, Altamirano explica que la Unidad Popular se proponía “el objetivo revolucionario de la conquista del poder, el establecimiento de un nuevo Estado con diferente carácter de clases y ‘el inicio de la construcción del socialismo’ para el periodo indicado en el programa” (1978: 41). Ese programa, insiste, era incompatible con la estrategia en que se apoyaba. La finalidad explícita de la Unidad Popular cuestionaba la arquitectura política del país en que se intentaba impulsar. El objetivo de llevar a cabo “la transferencia del poder detentado por las clases explotadoras a las clases explotadas”, dice Altamirano, era “el acto revolucionario por excelencia”

(1978: 43). A pesar de que dicho propósito generaba un conflicto mayor, Altamirano le señala a *Última Hora* en junio de 1973 que “[l]a guerra civil se evita imponiendo autoridad, apoyándose en el pueblo, identificándose más profundamente con las masas y aplicando con máxima energía y vigor las leyes que los propios burgueses aprobaron para expoliar y masacrar a los trabajadores” (Farías 4787). Es la compleja relación entre institucionalidad y apoyo de masas cuya imposible solución determinó, según Marco Andrés Gamero, lo sucedido en la experiencia chilena (525-6). Años después, al explicarle a Patricia Politzer en 1989 su plan de defensa armada del gobierno popular, sostiene que consistía de tres partes: la primera, era “organizar al pueblo, crearle una gran conciencia del momento crucial por el que transitaba, dotarlo de una poderosa voluntad de lucha, desarrollarle un irrevocable espíritu de resistencia”, segunda, “una política dentro de las Fuerzas Armadas destinada a lograr, en caso de golpe militar, el apoyo del mayor número posible de oficiales y unidades militares al gobierno constitucional” y, por último, llevar a cabo “la formación de cuadros político-militares capaces de coordinar esta necesaria e imprescindible alianza entre las unidades constitucionales y el pueblo” (Politzer 35). Tal aparentemente lúcida visión de la defensa del proceso no habría tenido apoyo. En una vuelta a la traducción de viejos títulos leninistas, Altamirano plantea que tan importante como el *qué hacer* es el *cómo hacer*, lo que en Chile nunca se zanjó porque se quiso “solucionar este problema en el curso del proceso” (1978: 45). La improvisación sería, sin embargo, no ya una cuestión de vías sino de abierta incapacidad de conducción, diseño y liderazgo político.

El principal error no había sido sino el proyecto político encabezado por Allende: se quiso avanzar hacia un orden socialista dentro de una institucionalidad burguesa donde, con el respaldo del pueblo en las urnas, según lo dijo el mismo Allende, se pensó que cobraba forma “el segundo modelo de transición a la sociedad socialista” (Altamirano 1978: 47). Por lo mismo, Altamirano acusa “la incapacidad de la dirección revolucionaria para construir la defensa militar del proceso, a contar del enfrentamiento inevitable, no por voluntad nuestra, sino por decisión de sus adversarios” (1978: 213). Fue esa “confianza ciega e irracional en la institucionalidad, que la propia burguesía había resuelto destruir”, sostiene, lo que llevó al colapso del gobierno popular (1978: 213). La “confianza supersticiosa en la solidez de las instituciones chilenas” llevó a ignorar “las leyes generales de la revolución, aprendidas en el abecedario del marxismo-leninismo” (1978: 216). Este núcleo argumental se repite en diversos momentos del texto.

El error mayúsculo de la izquierda chilena, afirma Altamirano haciendo referencia a un ensayo de Jaime Gazmuri de 1974, en un capítulo donde dialoga con el uruguayo Rodney Arismendi y el español Santiago Carrillo, fue haber rebajado “un problema estratégico fundamental, a la categoría de una cuestión ‘hipotética, predictiva y secundaria’, condicionante sustancial de la derrota del movimiento popular” (1978: 57). La falta de preparación

para el choque final con *la reacción burguesa* fue la falencia *esencial* del diseño político de la izquierda chilena. De hecho, en una entrevista previa, dada a *Chile Hoy* el 13 de julio de 1973, Altamirano sostiene que “[l]a fase subversiva iniciada el 29, con el artero ataque al Palacio de la moneda, constituye un episodio penoso y lamentable en esta escalada ofensiva que tiene como objetivo final el derrocamiento del Gobierno Popular y el término del proceso revolucionario”, y concluye con un dejo sombrío, “[h]asta el momento ha fracasado” (Farías 4803). Luego, en 1976 y basado en la experiencia española, Altamirano dice que “[u]n contingente militar básico, leal al gobierno, con organicidad interna, estructurado en la perspectiva del enfrentamiento, cuya cohesión se asegurara en la ejecución de una política global, pudo”, concluye convencido, “haber alterado el destino del *putsch* fascista” (1978: 159). Más aún, subraya en un juicio categórico, “[t]odos los demás errores eran subsanables” pero, en ningún caso, “la pertinacia en sostener una vía recusada por el acontecer cotidiano” (1978: 66). Aprovechar “la institucionalidad chilena era legítimamente aprovechable por el movimiento revolucionario”, continúa, “pero [i]ntentar transitar el camino político institucional sin tropiezos hasta alcanzar el objetivo final, era sólo una ilusión, una frágil ilusión” (1978: 67). La improvisación fue fatal.

Si bien Altamirano sostiene que, por un lado, “el desarrollo de una estrategia armada en el curso del proceso, era muy difícil” y que, por otro, “la vía pacífica, en cambio, en el Chile de 1970-1973 era imposible”, concluye, finalmente, que “la facultad de optar entre una y otra nos fue prematuramente vedada” (1978: 73). Mal que mal, en octubre de 1972. Altamirano había sostenido que “aunque quisiéramos detener la historia, no sería posible” (Farías 3320). Bajo esta perspectiva, no hubo posibilidad alguna de tomar una decisión adecuada y, por lo tanto, la historia vivida, sus límites y características liberaría de toda responsabilidad a quienes estaban involucradas en la conducción del proceso político. El ensayo político se torna una nueva versión de la vieja apelación a la absolución de la historia. Más allá de no contar con fuerza militar propia o de las improvisaciones en la dirección del proceso, lo sucedido en Chile es endosable a la cuenta de una historia sin sujeción a dinámicas políticas sobre un ensayo de imaginación política e innovación atado a un reduccionismo determinista, estructural, que sueña cambios e innovaciones sobre una matriz histórica de avance al socialismo imposible de ser cuestionada. Al final, la izquierda chilena fue derrotada no sólo por la cultura política de esa misma izquierda sino que por la historia que la había creado.

Tras la derrota, en el balance hecho por Altamirano, tanto la noción de revolución como un asalto al poder que fundía en una sola línea la profundización democrática y la construcción socialista como, por otro lado, la de un tránsito ordenado a una sociedad socialista dentro de una institucionalidad *burguesa*, quedan fuera de juego. Es cierto que, años más

tarde, Altamirano cierra esa reflexión al sostener que la revolución “[e]n los países realmente modernos, en Europa y Estados Unidos, creo que está clausurada” (Altamirano 2000: 266). En este caso, añade que la noción misma de “cambios revolucionarios” se diluye en diversas modalidades de cambio (2000: 267-8). Ya en 1976, el colapso del sistema político chileno lo lleva a intuir que la revolución, a partir de la experiencia vivida y los formatos conocidos, desaparece como aspiración posible de la cultura política chilena. Una y otra son desplazadas por un diseño que, a pesar de las profesiones de fe que abundan en el texto, no respondían a los desafíos políticos en curso ni a los silabarios marxistas sino que, de hacerlo, tendrían que remitir a sus propias distantes y específicas historias. Si Altamirano observa una carencia global en esa izquierda, apreciable en su mirada estratégica, operativa y orgánica, en cada uno de sus ámbitos, deja claro que lo que está en juego es una cultura política, una mentalidad, en su totalidad. La noción de futuro bajo la cual creció la cotidianeidad de una cultura de izquierda que se remonta a fines del siglo XIX, todo eso queda en el aire y no fue sino un deseo que terminó aniquilado por sí mismo.

La dinámica histórica a partir de la cual Altamirano aborda la derrota de la Unidad Popular anula la doble crítica a su conducción, de la que en gran medida se hace cargo. Me refiero a su incapacidad de generar una política hacia las capas medias para integrarlas al proceso y a su carencia de voluntad política para generar un diálogo que evitara el colapso cuando la crisis estalló en toda su magnitud (1978: 206-207). Bajo el relato global de una Modernidad sujeta a la visión del avance marcial y sostenido, global, hacia el socialismo, estas secuencias locales aparecen como problemas casi menores. Por otra parte, de manera paradójica y asumida la derrota, toda tentativa por reflotar la historia aniquilada de golpe por el militarismo en 1973 o reactivarla en base a las nociones de revolución que naufragaron con ella, es inútil. Para Altamirano, “[p]erseverar después de la tragedia en el mismo error es sembrar el terreno de derrotas futuras” (1978: 57). Así, en base a la difusa relación entre esos procesos nacionales, continentales y globales sobre una narrativa de progreso, Altamirano intuye la apertura en Chile de un ciclo político singular, de rasgos imprecisos, pero capaz de convocar voluntades que generarían el escenario político donde desatar la hechura de un imaginario socialista bajo nuevas condiciones. A su juicio, habrá socialismo al final de un camino distinto a los ya recorridos y en relación con un programa que no puede reproducir la simple compilación de aspiraciones previas a partir de una matriz ideológica no sólo cuestionada sino que abiertamente derrotada. A partir de la nueva factura de un discurso socialista, volver a pensar Chile, o vice versa. Los efectos o proyecciones de lo que plantea, tal como se indicó antes, no tienen límites nacionales.

Altamirano considera que así como la fallida vía chilena al socialismo se proyectó a otros lugares del mundo, la derrota también generaba ansiedades, expectativas y debates acerca de la viabilidad o agotamiento de una ruta

revolucionaria en todo el continente. Concretamente, dice Altamirano en 1976, “[l]a derrota del movimiento popular en Chile abre una seria interrogante a las fuerzas revolucionarias de América Latina” (1978: 226). En consecuencia redefinir tareas e instrumentos no era un desafío local, ni siquiera regional. Había que atender a “los rasgos fundamentales de la coyuntura internacional y sus efectos sobre la fragmentada realidad del continente” (Altamirano 1978: 226). Nuevamente entran en colisión la certeza de que un camino ha sido cancelado nacional y continentalmente y, por otro lado, la presunción de que la humanidad toda va hacia un orden socialista mundial (1978: 265). Esta compleja relación le dificulta a Altamirano el trabajo de ensayar, escarbar o esbozar caminos precisos sobre el sendero escasamente luminoso de una historia que aún se intuye global, ascendente e imparable. No es simple vincular ambas. Es difícil compartir con Tito Drago que el libro de Altamirano “escrito en 1977, en la tranquilidad del exilio, sin tener que trabajar, sin problemas económicos y con tiempo suficiente para analizar experiencias y contrastar datos, es ilustrativo de su insuficiencia ideológica y de la manera en que se pliega a la influencia comunista” (119). Insistir aún en esa mirada es ignorar la difícil y a ratos angustiada reflexión hecha por Altamirano, sus cuestionamientos, dudas y deslumbramientos, sus lealtades ideológicas en duda.

En *Dialéctica de una derrota* habla un sujeto textual y político difuso, que habita un tiempo incomprensible ante el cual reclama o funda letra a letra el suyo, propio y amparado en un pensamiento débil, cuya intervención en un debate global le exige plegarse a la tensa red de certezas, apuestas e intuiciones que ha visto caer. No hay allí, no aún, una acabada voluntad programática y si la hubiera, no calza con la visión de una Internacional Comunista con la que ha acentuado sus diferencias. Si bien es cierto que los textos no portan sus contextos ni las coyunturas en las que surgen, lo que genera una serie de malentendidos dice Pierre Bordieu, sí es posible intuir la audiencia interpelada en su hechura textual y el contexto reclamado (161). Frente a la audiencia que imagina, tan global como continental, Altamirano subraya las “lecciones profundas que deberán enriquecer el acervo teórico-político de movimientos revolucionarios de otras latitudes” y, asimismo, destaca que “determinadas opciones estratégicas, clausuradas por el imperialismo para Chile y el continente, continuarán siendo factibles en el acontecer de otros pueblos” (Altamirano 1978: 12). Es decir, el ciclo cerrado en Chile clausura una opción revolucionaria en todo el continente, aunque es posible y dado que se vive una época de avance marcial hacia el socialismo mundial, que allá, a lo lejos y en regiones remotas, imprecisas y altamente virtuales, pueda aún ser factible. En América Latina ya no lo son.

Frente al desafío de superar la dictadura, Altamirano dice desde el comienzo de su ensayo que busca hacer una contribución a “la inmensa tarea de rescatar a Chile de la barbarie” (1978: 12). Si la realidad chilena descrita en diciembre de 1972 por Salvador Allende en las Naciones Unidas “ha sido

desmantelada, piedra por piedra, institucional, material y culturalmente”, querer en 1976 “reconstruir el Chile anterior a 1970 es una tarea que comprometerá el esfuerzo de varias generaciones de chilenos” (1978: 223). Allí dice situar, entonces, “el pensamiento de un combatiente socialista chileno, como simple aporte a un debate, que permanecerá por largo tiempo abierto” (1978: 13). Los tiempos son otra dimensión compleja en su escritura y no sólo remiten a la construcción personal de una voz política. En tal sentido, “reconstruir el país devastado impone a las vanguardias revolucionarias la necesidad de elaborar un nuevo proyecto político y social, que recogiendo las virtudes históricas de la larga evolución política del país”, sostiene Altamirano, asuma dicha tarea sabiendo que el cambio deseado es político y cultural, “Chile deberá ser repensado en sus instituciones, en sus hábitos, en sus esquemas políticos” (1978: 225). Su ensayo, por lo tanto, interviene en la hechura imaginaria, textual y cultural de un país posible desde la ausencia del país que fue y la certeza de que las opciones programáticas, los instrumentos políticos e incluso las matrices ideológicas están, si no superadas, cuestionadas.

En *Dialéctica de una derrota*, la dictadura “marca el término de una larga evolución social y política que concluyó en la fundación de la democracia burguesa más avanzada de América; y de otra, el fin de una etapa de ininterrumpido ascenso del movimiento obrero” (1978: 265). Se vive en límites, en instantes posterior al ocaso de una trayectoria. Por otra parte, la resistencia al golpismo encabezada por el mismo presidente y un grupo de ciudadanos en la Moneda, así como en diversos lugares del país, no pudo detener la caída. Sin embargo, los íconos de esa resistencia eran un legado de fuerte peso ético y político. No era fácil cuestionar la ruta que había conducido a ese momento ni abrir una reflexión que cuestionase la trayectoria de la izquierda y hacía de las aporías de su cultura política una causa de la derrota. Aplastada la institucionalidad democrática por una violencia que aplastó todo derecho civil y político, el diálogo se torna complejo sobre la diáspora que cruzó continentes, medios y modalidades de diálogo y decisión. No bastaban ya los circuitos de divulgación partidaria ni los esbozos de escrituras tendenciales. El diálogo lo sitúa Altamirano en un contexto global. Si bien dicha visión no cuestiona aún el entramado argumental con el que ha caracterizado la historia mundial, continental y nacional, la realidad local y los ejemplos observados manifiestan un cambio importante al interior del imaginario socialista que propugna.

OBRAS CITADAS

- Altamirano, Carlos. *Decisión revolucionaria*. Santiago de Chile: Editorial Quimantú, 1973.
- _____. *Dialéctica de una derrota*. 2da edición. México: Siglo XXI Editores, 1978.
- _____. *Informe al Pleno de Argel*. Ciudad de México: Offset Caya, 1978b.
- _____. “Carta a los socialistas”. *Historia documental del PSCh, 1933-1993: Forjadores-Signos de renovación*. Alejandro Witker, Compilador. Concepción: IELCO, 1993. 271- 285.
- ____ y Hernán Dinamarca. *Después de todo. Conversaciones sobre los cambios de época*. Barcelona: Ediciones B, 2000.
- Benavente, Andrés. “Panorama de la izquierda chilena, 1973-1984”. *Estudios Públicos* 18 (1985): 154-99.
- Bourdieu, Pierre. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: EUDEBA, 1999.
- Buci-Glucksmann, Christine. *Gramsci y el Estado*. México: Siglo XXI Editores, 1978.
- Díaz, Oscar A. *El ensayo hispanoamericano del siglo XIX*. Madrid: Editorial Pliegos, 2001.
- Drago, Tito. *Allende, un mundo posible*. Santiago de Chile: RIL, 2003.
- Earle, Meter y Robert Mead. *Historia del ensayo hispanoamericano*. México: Andrea, 1973.
- Farías, Víctor. Ed. *La izquierda chilena (1969-1973). Documentos para el estudio de su línea estratégica*. Berlín: Wissenschaftlicher Verlag, 2000.
- Gamero, Marco Andrés. “Elementos para el análisis y la investigación del proceso político chileno, 1970-1973”. *Revista mexicana de sociología* 36.3 (1974): 513-45.
- García de la huerta, Marcos. *Pensar la política*. Santiago de Chile: Sudamericana, 2008.
- Oviedo, José Miguel. “Algunas cuestiones sobre el ensayo”. *Coloquio Internacional: el texto latinoamericano*. Vol I. Ed. Fernando Moreno. Madrid: Fundamentos, 1994. 13-20.
- Pérez Soto, Carlos. *Para una crítica del poder burocrático*. Santiago de Chile: LOM, 2001.
- Politzer, Patricia. *Altamirano*. 4ta edición. Santiago de Chile: Grupo Editorial Zeta, 1990.
- Ricoeur, Paul. “Narrative Time.” *Narrative Theory. VIII: Political Narratology*. London & New York: Routledge, 2004. 327-47.
- Skirius, John. *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. México: FCE, 1981.
- Stern, Steve J. *Battling for Hearts and Minds*. Durham: Duke UP, 2006.
- Torring, Jacob. *New Theories of Discourse: Laclau, Mouffe and Zizek*. Oxford: Blackwell Publishers, 1999.
- Urello, Antonio. *Verosimilitud y estrategia textual en el ensayo hispanoamericano*. Puebla: Premia Editora, 1986.

"ERA UNA ILUSIÓN, UNA FRÁGIL ILUSIÓN": ALTAMIRANO Y LA DIALÉCTICA DE UNA MEMORIA

Author(s): Alvaro Kaempfer

Source: *INTI*, PRIMAVERA - OTOÑO 2009, No. 69/70, CHILE EN SU LITERATURA (1973-2008) (PRIMAVERA - OTOÑO 2009), pp. 273-288

Published by: INTI, Revista de literatura hispánica; Roger B. Carmosino, Founder, Director-Editor, 1974-

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/23288712>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to
INTI

JSTOR